

El odio y la mentira, dos elementos de una concepción novelística: Pepe Botellas de Alvarez Gardeazabal

ALVARO FELIX BOLAÑOS

I PARTE

Es común encontrar en las motivaciones para la escritura de las obras literarias actitudes pasionales como el amor, la exaltación de ideas, sociedades, hechos y héroes. Pero es raro encontrar una novela en donde la impresión dominante que nos queda después de su lectura es la de que fue escrita con odio.

Odio a los personajes, a un sistema de relaciones sociales que le sirve de marco, a una manera de manejar el poder político y a los esfuerzos por conseguirlo; odio incluso a las posibilidades de redención de la misma sociedad que ha servido de escenario para el desplazamiento de las acciones y los personajes condenados al descrédito.

Sin embargo, no podemos quedarnos en la exposición, escueta y simple de esta impresión general sin caer en un juicio injusto sobre la novela más reciente de este controvertido escritor colombiano,

Gustavo Alvarez Gardeazábal, quien mucho ha tenido que ver en estas reacciones iniciales del lector. Queriendo ser justos en la crítica de los valores y potencialidades significativas de esta obra, *Pepe Botellas* [1984], me propongo establecer aquí unas posibilidades de análisis de la obra a través del examen de las intenciones del autor con la disposición de los elementos técnicos que tratan de dar una visión que él tiene de la sociedad colombiana, y por consiguiente, en razón de las proyecciones universales de esta visión, la dinámica de un pueblo latinoamericano ante sus potencialidades intrínsecas.

El caso de Alvarez Gardeazábal es quizás uno de los más llamativos en cuanto a su actitud frente a la sociedad que presenta en sus obras, debido precisamente a la ofensividad constante que mantiene contra todo tipo de institucionalización social. Con *Pepe Botellas* por supuesto, no ha habido una excepción y nos encontramos así con una novela que presenta, en medio de ese odio y esa agresividad pertinaces, un alto nivel de preocupaciones del autor en relación con la sociedad colombiana en que vive. Una buena comprensión de los planteamientos de la novela exige una observación que sobrepase la historia explícita que se cuenta —la de un cubano exiliado en Colombia— para concentrarse en la actitud resultante de un conjunto innumerable de hechos y personajes (a veces casi anónimos) que conforman el sujeto más controvertido de la obra: aquel conglomerado social que permite el ascenso de individuos de tan escasa calidad humana como José María Valladares alias "Pepe Botellas". Si aquella carga de odio se lanza contra el personaje central de la obra nos dificulta un poco la apreciación de éste con las categorías tradicionales de héroe o anti-héroe, de igual manera, la rigurosidad y ensañamiento con que se presenta al pueblo necio que reproduce el motivo histórico de José Bonaparte en España, impido imprimirle una dimensión épica a la manera tradicional. Pepe Botellas, al igual que los otros dos personajes centrales de la novela, esquivan un enfoque como seres portadores de la gesta histórica a que son llamados, debido a la carga de ridiculización con que están descritos. La esperpéntica vulgaridad con que se recubren, combinada con la ironía amarga de su desvergüenza, los coloca en un plano muy distinto al de la tragedia (puesto que no alcanzan un tono solemne ni serio), al de la comedia (en tanto que no se quedan en la ridiculez que abre paso a la carcajada solamente), y al de la misma tragicomedia (cuya combinación dejaría de lado la insistencia en la escasa calidad humana de todos los personajes). La obra de Alvarez Gar-

deazábal, sería algo así como una farsa trágica que tiene la ineluctable virtud de negar absolutamente cualquier posibilidad de redención y esperanza de un pueblo que está condenado a padecer las tareas propias de la insensatez y la injusticia. En esa dificultad para la precisión del género que mejor podría dar cuenta de las dimensiones significativas de esta novela encontramos precisamente su complejidad o incisiva condena de los seres y ambientes que presenta.

Pepe Botellas es la historia de la proclividad de un pueblo a la creación y sustentación de mitos bastardos que niegan la conformación vital de la calidad épica y muestran la pobreza de su idiosincracia y la abundancia de sus insensateces. La historia de este astuto cubano exiliado, que logra conocer muy bien y se aprovecha de una ciudad, no es simplemente la historia de José María Valladares, sino la de esa ciudad (Cali) cuyas características lo hacen susceptible de ser usada por esta clase de individuos que sólo buscan la satisfacción de intereses personales a cualquier precio; o como dice el autor, una clase de persona a quien nunca le importó decir una mentira para conseguir una verdad o llevarse por los cuernos cualquier falda ajena para mover la reacción. A través de una narración muy del estilo sencillo, claro y agradable que exige la naturaleza del narrador de los hechos, el autor nos entrega la vida de este oportunista isleño que supo moverse en todas las direcciones que marcaron los vientos de los acontecimientos políticos en Cuba en la época de la revolución, participando tanto en los partidos oficiales como en la guerrilla de la Sierra Maestra de acuerdo a la posición ventajosa que existiera. Después nos cuenta los padecimientos de su exilio por varios países (México, España, Francia, Paraguay y Venezuela) para finalmente presentarnos su llegada y radicación en Cali, Colombia, lo cual ocupa la mayor parte de la novela. Con un talento sorprendente para detectar las oportunidades, Pepe Botellas explaya su ansia de poder y de riqueza en una exagerada exposición de su megalomanía enfermiza. Siguiendo allí la tradición de su extrategia cubana, se hace locutor y comentarista de periódicos continuando con su consuetudinaria y maliciosa tergiversación de los textos para su propio beneficio.

Después, demostrando grandes dotes de publicidad, llega a ser director de revistas sensacionalistas, animador de eventos filantrópicos que le acrecientan su popularidad en las clases bajas y con cuyo apoyo llega a ser líder de un movimiento político populista de relativa fuerza. A través de este ascenso, el personaje,

José María Valladares nos ofrece la oportunidad de conocer, a medida que lo conocemos a él, cada una de las clases de personas que conforman la sociedad en que actúa, convirtiéndose, al mismo tiempo en síntoma de la anomalía de un pueblo que cree más en la fabricación de quimeras que en su misma capacidad creadora. Su incursión en la política colombiana es producto de su fino olfato por cuanto estuvo en capacidad de detectar las aspiraciones de redención de las clases menos favorecidas y de dedicarse, entonces a acariciarles la ilusión de la solución de sus problemas. De esta manera impulsó numerosas obras de ayuda social —recogiendo alimentos para niños pobres, dinero para asilos de ancianos, edificando escuelas para barrios pobres, etc.— que no eran más que la utilización infame de posibles fuerzas sociales en sus pretensiones políticas. Este ejemplar es importante en la novela ya que permite establecer las características desmejoradas del pueblo que quiere describir el autor y dar sentido a uno de los motivos recurrentes en la historia: la alusión a Evita Perón a través de las descripciones de Josefina, la esposa de Pepe, lo cual identifica a éste con la figura mesiánica de Juan Domingo Perón como líder manipulador de las esperanzas de los “descamisados”. No obstante, estas actitudes pretendidamente filantrópicas son una de las oportunidades que aprovecha el autor para la caracterización de su personaje al mismo tiempo que da un lugar preciso al perfil del pueblo manipulado. La verdad de la actitud de Pepe Botellas está crudamente descrita en estas líneas:

“A ninguno atendía. A nadie le paraba bolas. Sólo usó los casos de caridad pública cuando veía la posibilidad de una explotación publicitaria o económica de ellos. Se disculpaba con que él no era una entidad de beneficencia ni tampoco una dama de la caridad, pero todos seguían con esperanza y todos continuaban esperando allí a la salida del periódico o la entrada de la emisora, como en un bazar milagroso, confiando en que de pronto serían chisgueteados por su agua bendita o sus verbos transformadores”. (*Pepe Botellas* p. 27).

En tono frío y tajante de la denuncia de este acto utilitario da una muestra de la actitud del narrador quien alude a través de la novela a grandes personajes históricos que cumplen una función desmitificadora.

La comparación del personaje de la historia con el personaje altivo de otro contexto. Este procedimiento tiene una doble

función: ridiculiza al primero (en este caso a Pepe Botellas) y coloca al segundo en la misma naturaleza llana de su émulo. Así encontramos a Fidel Castro, al Che Guevara, a Juan Domingo Perón (unos como personajes vivientes en la novela, otros como alusiones) haciendo parte de la misma calidad de un José María Valladares, o como en el caso de la cita anterior, a un Jesucristo, sugerido en sus actitudes redentoras del personaje con los pobres de medios de vida, y lamentablemente, de espíritu también. "Cómo en un bazar milagroso confiando en que de pronto serían chisgueteando por su agua bendita o sus verbos transformadores". (*Pepe Botellas p. 27*).

La narración de los hechos está en manos de un narrador en tercera persona, Guillermo Zambrano, alias "Memito Glostora" un homosexual cuya calidad humana es tan deplorable como la de su amado Pepe Botellas. Movidado por una combinación, de odio, despecho y amor, este narrador-personaje, nos presenta la vida de Pepe con los más finos detalles. Memito Glostora, un colombiano que participó en las jornadas de la revolución cubana desde las acciones de la Sierra Maestra hasta la colaboración en actividades diplomáticas en el régimen subsiguiente se encarga de darnos la semblanza de José María Valladares sin omitir sus debilidades homosexuales y heterosexuales. Al final resulta ser un verdugo y el defensor del mito de "comunista" que se había formado a su alrededor. El final de la obra coincide con el ocaso de la suerte y el poder de Pepe Botellas cuando asistimos a su envenenamiento de manos de este antiguo amante quien había vivido a su sombra por muchos años, quien lo conoció más que nadie y quien no pudo sobreponerse al conflicto de sus celos, su odio y su deseo de venganza por el abandono y la utilización en que siempre lo mantuvo.

Un tercer personaje de importancia en la obra es Josefina, esposa fidelísima de Pepe, quien lo acompaña en todas las amarguras y peligros de su vida desde el exilio de Cuba hasta sus épocas de gloria en Cali. Este personaje una de las pocas oportunidades en la obra de Alvarez Gardeazábal en que la mujer no aparece dominando al hombre, es la víctima inmediata de todas las aventuras y mudanzas de su esposo. De todos los personajes, sería este el que está descrito con rasgos menos fieros, lo que sin embargo, no redundando en el trazo de características positivas sino en una solidaria simpatía y conmiseración.

El anterior panorama del argumento y los personajes principales de

la novela puede facilitar la precisión de algunos aspectos en lo sucesivo. Habíamos indicado al comienzo que la motivación que mueve el narrador era el odio. Una de las razones para pensar en tal actitud no está solamente en la forma despiadada con que se describe a los personajes y sus acciones, sino también en las opiniones que se tienen con respecto a la política y sus procedimientos, a las instituciones sociales como el Estado y los grupos con intereses sociales y a las clases sociales que están determinadas por su lejanía o proximidad a la riqueza o al poder. Pero tales apreciaciones, aunque tengan una proyección más amplia, pasan primero por definir a una sociedad latinoamericana en particular: Colombia. Y tal definición no solamente deja a este pueblo caracterizado como "necio" sino que además le niega las posibilidades de construcción de su propio futuro al presentar el conjunto de sus errores como parte de su naturaleza única. Cali, la ciudad en que Pepe Botellas tiene sus mayores éxitos y fracasos, queda retratada en rasgos como éste:

"Como en Cali se olvida con la misma facilidad con que se odia, el amor no ha pasado de ser siempre el pasajero de un tren que nunca volvió. Dispuestos a oír al que más grita, a no defender al perseguido, a caerle al caído nos vanagloriamos de cuatro a cinco oligarcas habilidosos que cubren con picardía sus ignorancias y no nos damos cuenta de quienes nos ordenan y nos levantan sino cuanto ya de su recuerdo tan sólo quedan las sombras del olvido". (*Pepe Botellas*, p. 112).

La suerte que corre esta ciudad en su descripción es una necesidad de coherencia con la misma historia en tanto que es necesario establecer un ambiente propicio para que un individuo del talante de Pepe Botellas pueda desarrollarse. Si Pepe llega a la altura de influencia política y social a que llegó no se debe solamente a la magnitud de sus esfuerzos sino también a la permeabilidad de este pueblo a los extranjeros y a las mentiras.

El carácter ofensivo con que están expuestas las realidades de la obra se nota desde las primeras páginas en el sordidismo y acidez con que está descrito el personaje central. Uno de los epígrafes que abre la novela —sacado de la obra de Miguel Otero Silva, *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, dedicada al conquistador español— establece el tono que habrá de ser usado en la configuración del personaje central: "Escúpelo, maldícelo, muéstrale la señal de la cruz, peste maligna, hijo de la Grandísima Puta, amén". Sin

embargo, tal dirección terrible no deja de dar a la burla socarrona pero siempre con ese subfondo irritante que recuerda el odio y desprecio que recorren la obra de principio a fin. Con este tenor, Pepe Botellas es comparado con un charro en el que no se exaltan las cualidades positivas de esta figura mexicana:

"No creo que haya usado jamás el gigantesco sombrero de los cantadores de rancheras. Mucho menos que en su vida haya cogido una guitarra o un violín; o tan siquiera levantar la voz para entonar un corrido mexicano". (*Pepe Botellas p. 15*).

Quitándole la idiosincracia musical al arquetipo con que se le compara sólo quedan las sugerencias menos apreciables de los charros: el machismo, la bohemia, el camorristismo en fin, sugerencias de un tipo de características que no sean las más apropiadas para la descripción de un individuo a quien se le va a dedicar la historia que sigue.

El propósito de estas descripciones es entonces el de crear grandes, pero al mismo tiempo negativas, expectativas sobre el personaje central. Igualmente se nota esta falta de simpatía con los personajes unidos en su origen a Pepe. De esta manera su madre es "la desheredada aristócrata del empacador de tabaco" quien murió "de soledad en la fría habitación de un hospital de Chicago" [*Pepe Botellas p. 15*]. Y luego insiste en la busca de sus hermanas de quienes "se supo que existían porque cuando hizo el panegírico exultante de su madre, las mencionó por sus nombres de zarinas decadentes Alejandra y Catalina". (*P.B.p.15*). Se trata de la construcción de un contra-héroe (no antihéroe) que concentrará en sí mismo toda la atención de la novela anticipándonos una sucesión interminable de infamia y maldades que impiden totalmente la identificación del lector con este personaje y con muchos otros que aparecen en la historia.

II PARTE

El gran prestigio que de todas maneras tiene la figura agresiva y atrevida de Napoleón. Pepe Botellas como significativo histórico alcanza esta serie de connotaciones las cuales quedan inmediatamente unidas a la figura del Pepe Botellas cubano-colombiano.

Hasta aquí la aparente exaltación. Pero continuando con el equívoco y la dualidad de la sugerencia, tenemos otro aspecto de este personaje histórico español que no necesariamente connota virtudes o motivos de orgullo: la mancillación de la figura de un pueblo quien ante la incapacidad cabal de sus gobernantes no puede evitar las garras ávidas de los Bonaparte. Recuérdese que tanto las circunstancias de la política en la corte española del período (reinado de Carlos IV, asesoría de Godoy, aventuras amorosas de la reina con este asesor, disidencia de Fernando VII etc.) como la actitud de los partidos monárquicos en oposición flagrante a las tendencias constitucionalistas del momento (que causa, entre otras cosas, el éxodo de los intelectuales y escritores de España), crean un ambiente vergonzoso en la historia de la política mundial en donde lo que siempre surge visiblemente es la absoluta ineptitud para regir los destinos de un pueblo ávido de reivindicaciones y de buen liderazgo. La incursión napoleónica en España fue la demostración franca de la decadencia política y moral de una casta política social y de un gobierno que no respondieron a las exigencias del momento histórico. Este tipo de estigma es el que aparece equiparado con la condición del pueblo colombiano a través de la caracterización del personaje central, Pepe Botellas. El mismo narrador se encarga de efectivizar esta sugerencia negativa sobre el pueblo de Cali cuando, tratando de darle una explicación a la facilidad con que Pepe se enraiza en Colombia, dice con un tono de sardonismo y amargura a la vez:

"No hemos creído mucho en los nuestros. No hemos hecho a nadie en este siglo presidente del país y en el siglo pasado apenas si alcanzamos a probar la primera magistratura cuando los generales de la guerra se daban turnos de días en el poder y cuando a un anciano nonagenario le pidieron que se montara en el potro adolescente de la República ensimismada. Pero en cambio hemos creído mucho en los extraños". (*Pepe Botellas*, p. 111).

De esta manera Colombia, o Cali en particular, es un pueblo que sufre la entronización de un rey extranjero, de un charlatán que supo tocar las fibras más sensibles de las necesidades y aspiraciones de él. Y lo que es peor, es un pueblo que neciamente admira tal posibilidad y se enorgullece de ella. Cali tiene entonces su Bonaparte, su rey ilegítimo; pero en este caso la crítica va más allá de lo que pueda afectar al pueblo español en aquel período de crisis por cuanto Cali, a diferencia de aquel, no pelea contra la entronización espuria, no lo rechaza, no la considera como un

mal momento del que es necesario librarse. El pueblo de Cali la acepta y la respalda. De allí que la metáfora de "Pepe Botellas" llega a ser una de las más rigurosas contra la integridad de este pueblo radiografiado demostrando de esta manera otro rasgo de ese odio o ese resquemor de la narración de Memito Glostora, aquel colombiano mediocre, homosexual asesino y tráfuga quien tiene también una equívoca relación con su propia tierra natal; la ama, y por tanto se duele de la tiranía insensata a que la tiene sometida Pepe Botellas, pero a la vez la aborrece por haber permitido tal "despropósito".

Pero las sugerencias de otros significados a través de estas "botellas" superan este nivel de implicaciones históricas para definir lo que es el pueblo de Cali y su actitud como conglomerado digno, y llegar a significados más particulares que comprometen a los personajes centrales de la novela. Después de la alusión a los Bonaparte, las "botellas" no harían pensar en un defecto de este gobernante que si bien no sería del todo aceptable no dejaría de ser un problema como cualquier otro: el alcoholismo. Hay razones para pensar en esto en tanto que ya se ha asimilado la analogía con José Bonaparte quien como bien sabemos tuvo la fama de beodo. Pero en el caso de nuestra novela, tal nivel de significancia va mucho más allá en el deseo de satirización y le da a las botellas, no una conexión con el alcoholismo sino con un particular sexosadismo. Las "botellas" son un instrumento usado por Pepe Valladares desde muy joven para suplir la impotencia sexual al frente de sus conquistas femeninas o masculinas. La novela llega así a los límites de un sardonismo despiadado cuando la atención del lector está dirigida hacia la descripción de unos personajes poco edificantes. Relatando las hazañas amorosas del personaje central el autor nos dice de Pepe Botellas:

"Debieron hacer entre las butacas lo que siempre hacía un botellas como Pepe y después haber caído en los pasadizos de la mansión de la Condesa en donde la fuerza decimal del hombre gigantón, de espaldas anchas y pies planos, debió quedar reducida al grosor del pico de una botella". (*Pepe Botellas*, p. 28).

Este tipo de presentación de los personajes de la novela, así como su exposición a los diferentes niveles de sugerencias significativas que terminan por condenarlos cada vez, nos muestran la dinámica de una obra literaria cuya poética estaría asimilada a la aceptación fría y descarnada de la infamia y el descrédito de un mundo

creado en sus páginas que, a la vez, es la exposición de una concepción sobre el estado de la sociedad en que vive el autor. Tal poética estaría signada por aquello que hemos destacado como el acicate de la relación del narrador: el odio. Hay indudablemente una actitud predispuesta hacia el encuentro de todas estas negatividades en la vida que se retrata en todas las imágenes de la novela y eso nos obliga a echar un vistazo a la apreciación que el autor tiene de algunos aspectos de la sociedad y de sus instituciones.

Emitiendo algunas opiniones sobre los "problemas del escritor colombiano de hoy" Alvarez Gardeazábal caracteriza la situación como terrible por cuando en el proceso de desarrollo de la literatura colombiana es tradición del que más brille "impedir" que alrededor de su pedestal brille cualquier estrella o surja cualquier otro intento de pedestal". Y en consecuencia, según Alvarez Gardeazábal, no se utilizan en Colombia los elementos para dar un salto (refiriéndose a la superación de los escritores), por el contrario se impide fundamentalmente que el escritor se nutra de sus antecesores, se nutra de sus contemporáneos para ir más allá. La visión que a cualquier extranjero le queda de semejante apreciación es la de la existencia de una competencia desleal que es regla en este país y que invalida los más elementales conceptos de solidaridad, cooperativismo y simple sentido de la unión para acciones mutuas en favor de la nacionalidad. El que esta situación sea cierta o falsa es algo que no pretendemos discutir ahora; pero lo que sí es necesario destacar es el establecimiento de estas opiniones como una base ideológica --y posteriormente como una poética muy particular-- que sustenta el espíritu agresivo de la novela en relación con el mundo creado allí. *Pepe Botellas* no es precisamente la exaltación de las capacidades de un pueblo, como vemos, sino la exposición sin ambages de una situación denigrante de un pueblo que se niega a sí mismo con sus actitudes diarias. En esta perspectiva de individualismo, egoísmo y ataque desleal de los colombianos, se llega a concluir un rasgo que caracteriza a este pueblo diferenciándolo de los demás pueblos latinoamericanos. Gardeazábal establece que está convencido de que sea éste un distintivo de esta nación porque tal vez... a nosotros se nos enseña que el afecto hacia el padre se crea primero a través del odio, tirándole piedras al pedestal, y no a través del mérito. Es una relación masoquista, como buenos cristianos que hemos sido los colombianos, apasionadamente católicos. Pertenece a una estructura masoquista de sufrir un poquito o sufrir siempre.

Y cuando se trata de buscar una razón de tipo histórico para explicar lo que él ha definido como rasgo distintivo de este pueblo, vuelve la mirada al pasado de la conquista y la colonia para decir que el problema es congénito dando a entender, entonces, que no se trata de un mal curable sino de un síndrome que está en aquella mezcla ilegítima de tres razas en el suelo americano las cuales tenían cada una su propia tara: los españoles, asesinos expresidarios; los indios, empantanados en guerras fratricidas e insensatas; y los negros, simples desechos de guerra africanas. Elementos éstos que unidos habrían de formar el pueblo colombiano y permitir así una generación de seres sin calidad aceptable, "Nosotros nos combinamos entre los tres", dice Alvarez Gardeazábal, "de allá venimos; nosotros no recibimos influencia después de otro país; y de ese amasijo hemos salido violentos, agresivos, malaclases y hasta locos".

No sorprende entonces encontrar en la novela *Pepe Botellas* esta actitud negativa frente a lo descrito si tenemos en cuenta estas opiniones del mismo autor. No vamos, sin embargo, a concluir a partir de aquí que la posición del escritor es anti-colombiana o excesivamente injusta porque eso no resolvería el problema de la concepción literaria que pasa en la novela. Para Alvarez Gardeazábal la literatura es un asunto que tiene las mismas motivaciones y preocupaciones de la actividad política, aunque, por supuesto, ambas tienen distintos propósitos. La concepción literaria de este autor habla de una actividad hermana de la actividad gubernativa de los pueblos. El escritor y el político son seres del mismo tipo, de la misma "raza". La gran diferencia entre uno y otro es el éxito que hayan tenido en uno u otro campo, lo cual determinaría su posición. Y así aparecen en sus obras cuando vemos políticos que son novelistas frustrados o novelistas frustrados en la política. Pero ambas posiciones tienen un elemento en común: el manejo de la opinión; el manipuleo de la verdad o lo que es mejor, de las versiones de la realidad. El esclarecimiento de este punto nos llevaría a examinar la idea que tiene este autor sobre Mito, sobre las relaciones entre ficción y realidad y de allí a la concepción de novela que él maneja.

Para Gustavo Alvarez Gardeazábal, en su doble actividad como político y novelista, se ha llegado a establecer una estrecha relación entre las dos áreas. Al ser interrogado (en la misma mesa redonda) sobre sus actividades como político manifiesta:

Me interesa —la actividad política como me ha interesado cualquier acto de mi vida. Novelísticamente primero. Creo que la experiencia vivida es trascendental. *Pepe Botellas* pasó por ese tamiz. Si no hubiera vivido esa experiencia política, habría sido incapaz de escribir un párrafo de esa obra.

Pero sigue describiendo su experiencia y llega a ser más explícito al explicar la parte de la política que más le llamó la atención. Según él, lo más importante es conocer la habilidad para engañar, para el robo, para el ingenio con la mentira, esa habilidad para ser traidor a sí mismo, lo que no se conoce sino cuando se entra en la intimidad del sistema y se empapa de él y se juega a lo mismo. Sin embargo, esta relación estrecha entre una actividad de la vida real y la de ficción literaria no se expresa solamente en ese carácter cronístico que tiene la novela al colocar en manos de un narrador-testigo las vicisitudes de un personaje de acciones de envergadura social. La relación más destacable entre estos dos mundos la establece la idea de lo que es la escritura de la novela, o en últimas, la idea de novela que implícitamente presenta el autor en sus páginas. Partamos por destacar algunas de las consideraciones sobre dos personajes de *Pepe Botellas* en relación con la actividad literaria.

José María Valladares en el manejo de sus juegos políticos expone algunas de las aspiraciones más íntimas (recordemos que la narración está en manos de un personaje que conoció a Pepe en la intimidad y en la vida pública): "Cada vez fue peor y como su éxito consistía en llevar la cuerda al líder populista y enfocarlo con vertiginosidad a marchar al mismo ritmo de su imaginación de novelista frustrado". (*Pepe Botellas*, p. 40). Y el Che Guevara, quien tiene otra manera de escribir su novela:

"Y como quienes perdieron fueron ellos dos (Pepe y el Che al caer en desgracia con el régimen castrista), porque dejaron de pertenecer al carro de la victoria, el uno pretendió (el Che) escribir su propia novela con balas sembrando semillas en desiertos ajenos". (*Pepe Botellas*, p. 88).

Se está aludiendo, como se ve, a su tentativa de plantar la revolución en Bolivia como alternativa a la falta de garantías de su trabajo en Cuba. Pero lo que es importante establecer aquí es la clase de idea que Alvarez Gardeazábal tiene de lo que es un novelista. Habíamos indicado antes que tanto el político como el escritor

de novelas eran seres análogos. Ambos son generadores de aquellas verdades o mentiras que habrán de regir los pueblos. Siempre ambos, en su actividad pertinente, están escribiendo una novela. El escritor que ha fracasado en sus tentativas, o que no ha podido entrar en estas actividades políticas (lo cual no fue cosa que el manejo de aquellas versiones de la realidad que necesitaba la masa, el pueblo, para su control) no le queda más que dar la versión propia de esa realidad que quiso manejar como político. Tal tendencia se cumple, en la concepción de Alvarez Gardeazábal, no sólo en los escritores activamente políticos alguna vez, sino también en aquellos que se han mantenido alejados siempre de tal actividad. La explicación es la naturaleza misma de la novela que, como ente de fabricación de realidad, no es otra cosa que una nueva interpretación de la realidad exterior, y por tanto, un intento de organización social que puede o no ser llevado a la práctica.

“Yo estoy en el proceso de creer”, dice Alvarez Gardeazábal, “que la tradición novelística mía es fruto de la recreación de la realidad. Es una reinterpretación de la realidad”. De otra parte en la misma novela, a propósito de la declinación de la influencia del Che Guevara dice el narrador de la novela enfáticamente: “El comandante nunca lo ha dicho ni tendrá por qué decirlo, la historia se escribe de parte de quienes triunfan, los que pierden escriben novelas”. [Pepe Botellas, p. 88]. Y parafraseándose así mismo, en una entrevista reciente, el autor dijo: “La verdad la decretan los que ganan, las novelas las escribimos los que perdemos”.

Sobre la base de estas consideraciones tenemos entonces que la novela cumple una función rectora u orientadora de las posibles acciones que el pueblo en cuestión podría realizar. La exposición de esa nueva versión del estado de cosas que presenta la obra novelística compromete a las potencialidades mismas de la orientación de los conglomerados sociales. Vuelve así la obra literaria (en este caso la novela, heredera de la tradición épica) a tener una función de alternativa para los desplazamientos de las comunidades en la búsqueda de sus metas, en la aspiración de redención de sus problemas o en la conducción en sus ilusiones sempiternas. La gran diferencia en el caso de la novela de la que habla Alvarez Gardeazábal es que, primero, los novelistas no son líderes identificables con un Moisés o un Homero quienes tenían la misión de bienorientar los pasos de esa masa ávida de propuestas de acción sino que son manipuladores de las versiones de la realidad para conseguir efectos desmejorados de conducción; y segundo los pueblos

en cuestión no son los vigorosos que inician su formación sobre bases de moralidad y criterios aglutinantes por el bien común (como Israel o la Helade, para continuar el mismo ejemplo), sino pueblos sin virtudes como el Cali o la Colombia que se han expuesto a lo largo de la novela, en ese sentido es posible darle dimensiones épicas a esta obra pero al revés. Es una especie de anti-epopeya. Lo que se "canta" no es el nacimiento o consolidación de una sociedad, sino el desmoronamiento y desintegración moral de otra.

En esta identificación que hace el autor entre la naturaleza del novelista y la del conductor de pueblos, es necesario caracterizar la actividad de ambos como el intento de escritura de una novela, es decir de construcción de una historia que trata de dar cuenta de las versiones que la sociedad necesita de la verdad. Ya veíamos en las opiniones emitidas por el autor antes una identificación de verdad oficial con verdad novelística. Las motivaciones habían sido las mismas. Por eso el escritor a veces no puede eludir la incursión en terrenos propios de la política, y viceversa. Veíamos cómo la reinterpretación de una realidad en la obra novelística podía ser tomada como una propuesta de modificación de la sociedad que en algunos casos tiene su acierto hasta hacer del escritor un visionario o un vidente. El caso de *Pepe Botellas* está inscrito dentro de esta categoría, puesto que aunque los sucesos que comenta no coinciden completamente con la realidad de los hechos acaecidos y por acaecer (el personaje de la vida real correspondiente a Pepe Botellas no ha muerto, como aparece en la novela, y su nombre no es exactamente el mismo), sí es cierto que se exponen unas potencialidades del pueblo en cuestión que son producto de una aguda observación (aunque no comparto las conclusiones negativas y categóricas que establece el autor sobre Cali). Pero es indudable que hay una visión casi premonitoria de aquello que podría suceder en un pueblo como éste. A propósito de su novela anterior *Los Míos* (1981), en la que se narra desde un futuro en el que Colombia ha tenido una revolución socialista triunfante, el autor manifiesta:

Lo más tenebroso para un escritor es ser profeta. Y lamentablemente, mientras más tiempo pasa, más me convenzo de que a los escritores colombianos no solamente nos han dejado el papel que les correspondía a los políticos el de denunciar, el de criticar, el de aportar innovaciones para búsqueda de una solución —no el de solucionar las cosas— sino también nos están dejando el papel de visionarios para no llamarnos profetas.

Lo cual, como habíamos indicado coloca al novelista en una situación de igualdad con el político. Hasta donde conozco, es ésta la primera vez que encuentro un caso de identificación semejante. Este procedimiento es una de las claves para establecer lo que sería una poética de la novela *Pepe Botellas*.

Para la precisión de esta concepción novelística de Alvarez Gardeazábal es necesario establecer las relaciones entre los dos elementos que están presentes insistentemente en la novela. Primero, los límites posibles —o imposibles— entre la ficción y la realidad; y segundo, la concepción y la función de Mito.

La novela presenta en varias oportunidades estos elementos realizados en las actividades diarias de los personajes. Para ellos no hay posibilidad de diferenciar entre lo que se les inventa como verdad y lo que se les niega a través de las mentiras. Y en ese procedimiento, según Alvarez Gardeazábal, se encuentra el mito en su germen que habrá de conducir a ese pueblo solicitante de orientación. Hay aquí no solamente una identificación del mito con la mentira sino también el establecimiento de una funcionalidad de éste: el control ideológico de la sociedad. José María Valladares conoce estas posibilidades y además sabe construir mitos. En una de sus actividades populistas de beneficencia hace recoger alimentos para los damnificados de alguna desgracia y al publicitar los resultados infla las cifras para hacer de su campaña una acción de proporciones gigantescas. Y así nos lo explica el narrador:

“Pero como el éxito fundamental de Pepe consistió en todo momento en magnificar sus gestas y en minimizar al enemigo, Cali le creyó y el que había llegado a las tres de la tarde con las dos libras de azúcar para entregarlas a la puerta del furgón y vio el tumulto, se encargó del resto de la exageración. Pepe lo sabía muy bien, lo había entendido en las primeras de cambio con los caleños y quizás allí, es esa mina insondable, residió la mayor parte de su éxito”. (*Pepe Botellas*, p. 155).

La carrera de este Pepe Botellas es la de lograr el poder político para desde allí manipular el destino de ese pueblo que creará en las elaboraciones de sus mitos. Es esa una forma de “escribir” la novela de su vida. La misma idea la presenta explícitamente el autor desde uno de los epígrafes de *Pepe Botellas*: “¿Es posible que un hombre invente una historia que con los años resultará ser la biografía de otro hombre? (Guillermo Cabrera Infante)”, en en el

cual participa de esa convicción de creador de mitos. Mitos, que, como bien se entenderá, son la verdad para aquellos que los consumen, ese decir, los integrantes de ese conglomerado para los que se han construido.

Pero la efectividad de tales mitos se apoya en la imposibilidad de definir lo que es verdad y lo que es ficción. Y esa dificultad de límites expone la problemática de la diferencia entre novela e historia o el trasplante de la realidad en la novela y su recreación por medio de la ficción. Esta identificación le sirve al autor para exagerar los ataques contra los personajes que coinciden con seres de la vida real y así quedar libre de cualquier posibilidad de herir susceptibilidades entre ellos. Pero el recurso teórico va más allá hasta encontrarse con esa Poética de la que ya hablábamos. En la penúltima meditación que pone el autor al final de la novela encontramos un fragmento de *la corte de los milagros que reza*:

“Cosas hay en mi vida que parecen de novela, aunque no creo que esto sea peculiar en mí, pues todo hombre es autor y actor de algo que, si se contara y escribiera, habría de aparecer escrito y contado para entretenimiento de los que buscan recreo en las vidas ajenas, hastiados de la propia por demasiado conocida. No hay existencia que no tenga mucho de lo que hemos convenido en llamar “novela” (no sé por qué) ni libro de este género, por insustancial que sea, que no ofrezca en sus páginas algún acento de vida real y palpitante”. (*Pepe Botellas, p. 319*).

Es claro sin embargo, parafraseando a Vargas Llosa (en un prólogo a la *Señorita Kathie y el hipopótamo*) que la novela no es la vida sino la novela, es decir la otra vida, la de mentiras, la de ficción. Pero en esta ficción hay también, indudablemente, elementos que coinciden con lo que ha sucedido o existido en la vida real. Las imposibilidades para definir cuáles son exactamente esos elementos reales y cuáles los ficticios es lo que permite la discusión en que se han comprometido tantos escritores sobre qué es verdad y qué es ficción en la novela. Pero en Gustavo Alvarez, el conflicto sale de las páginas de los textos para posarse en toda clase de discursos que se manejan en los asuntos públicos, en particular en los que tienen que ver con el manejo del poder. Es eso lo que le interesa a él. La precisión de este elemento para él sería la clave para entender no solamente cuál es la dinámica del ejercicio del poder sobre las masas, sino también la dinámica de la construcción de la novela como obra de arte. Ambas actividades

como dijimos, son de una misma naturaleza. La vida real está presa del mismo conflicto. El propio narrador de la historia llega a confundirse ante la falta de fronteras entre estas dos instancias, manifestando así la afectividad de un procedimiento político que tuvo sus intereses precisos en los intereses del político Pepe. Refiriéndose a las distintas versiones sobre el exilio de Pepe Botellas de la isla de Cuba encontramos:

“Las otras han sido versiones que el mismo Pepe dio. . . de haberlas leído tanto, probablemente se me confunden la una con la otra y los fragmentos de la realidad se me escapan convertidos en piezas de la gran mentira con que él pretendió siempre alentarse en sus fracasos, pero ya sea cierto y verdadero lo que he concluído de su huída de la Revolución mucho es la realidad... y lo demás también pudo haber sido”. (*Pepe Botellas, p. 89*).

Ese “pudo haber sido” es la gran brecha que permite la gran indefinición. Y el cultivo de esta indefinición se ha llegado a convertir en la concepción novelística de Alvarez Gardeazábal en un requisito para el éxito del control de masas y el éxito de algunas de sus novelas. Interrogado en la citada entrevista sobre la razón de la popularidad de su novela *Cóndores no entierran todos los días* no vacila en afirmar que ésta es “la versión menos histórica y más novelada que se hizo en la Violencia. Pero curiosamente es la novela que todo el país lee como historia”. Y luego pasa a la explicación de su éxito editorial diciendo: “En esa contradicción entre cierto y verdadero, entre novelado e histórico, entre realidad y ficción tal vez resida su éxito”. De allí que los procedimientos narrativos que usa en *Pepe Botellas* a través de un personaje émulo de uno que existe en la vida real colombiana, y de unos hechos que son fácilmente identificables, son totalmente conscientes en manos de su autor quien tiene una concepción muy particular de la novela y del novelista. La primera es un intento de creación de mitos. Y ya ha dicho él que el mejor de ellos sería “aquella nueva versión de la verdad”. Y el segundo es un manipulador de estas verdades y mentiras, o mejor, de estas realidades y ficciones, que se aprovecha del conocimiento de las debilidades de un pueblo para aplicarle esta dosis de invenciones, de mitos, ya que él está convencido de que “los mitos son un proceso de creación de la aceptación humana”.